

VAQUERA
INVERTIDA

Vaquera invertida

Wark, McKenzie

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Caja Negra, 2022

240 p.; 21 x 14 cm.

(Efectos Colaterales, 2)

Traducción de Mariano López Seoane

ISBN 978-987-48226-6-6

1. Memorias. 2. Transexualidad.

I. López Seoane, Mariano, trad. II. Título.

CDD 808.883

Título original: *Reverse Cowgirl*

© McKenzie Wark, 2020

© Caja Negra, 2022



Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey

Coordinación: Sofía Stel

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de interiores: Tomás Fadel / Consuelo Parga

Maquetación: Tomás Fadel

Ilustración de tapa: Joaquina Salgado

Asistente de traducción: Mauro Gentile

VAQUERA INVERTIDA

McKenzie Wark

Traducción / Mariano López Seoane

PARTE UNO:
HABLA ORFEO

MONSTRUOS DEL TRAUMA

Mi padre me llama y me pide que me siente en su regazo. Es algo inusual, ya que él no es muy adepto al contacto físico. Yo tengo apenas 6 años, pero aun así sospecho que algo está pasando. Estamos sentados en el sofá de vinilo negro, grande y cuadrado como el asiento corrido de un automóvil de los años sesenta. Me abraza y me dice que mi madre está muerta.

Mi madre está muerta. El mundo vibra a un ritmo lento, ondas de estática se alternan con ondas de una nada cristalina. El vinilo negro del sofá, la tela gris de su pantalón, mi propia carne, el aire, todas las paredes tienen una complicidad aturdida. Hay un sonido de succión, pero yo no oigo nada. Hay una sustracción, como un corte en una película. Por un momento no estoy allí en absoluto.

Y luego estoy ahí de nuevo. No recuerdo qué sucede después de eso. No recuerdo casi nada. Quizás hay otro tipo de memoria, no la de un acontecimiento sino la de una suerte de no acontecimiento. Una memoria de la nada. Un vacío. Hay momentos en los que no existo. Deseo y temo esos momentos.

Tuve un novio que podía hacer que eso sucediera. “Quiero que me cojas hasta que no exista.” Eso es lo que quería de él. “Me tratas como si fuera una mierda”, decía él. “No soy yo, es lo inexistente”, decía yo en mi defensa. “Quiero que me cojas hasta que no exista. Deseo y temo esos momentos.” Esos momentos en los que el mundo vibra a un ritmo lento. Tu cuerpo y el mío, sangre, saliva, el empapelado desgarrado, todo en una amalgama pegajosa.

Así que lo dejé. Tuve una novia que, al igual que yo, por momentos dejaba de existir. Ella deseaba y temía esos momentos. Funcionaba siempre y cuando al menos uno de los dos existiera en un instante dado. Era una cuestión de sincronización. Pero a veces ninguno de nosotros existía. O peor: a veces los dos existíamos al mismo tiempo. No podíamos estar los dos en el mundo. Alguien tenía que no ser una cosa humana.

Así que no funcionó. Y me conseguí otra pareja. “Quiero que me cojas hasta que no exista”, le pedí. Así que me cogía mientras yo dormía. Quizás me entendió mal. Me cogía cuando yo no estaba presente. No recuerdo haberle dado permiso para que hiciera eso. Pero la verdad es que no recuerdo muchas cosas.

Un día me dijo: “Mi abuela acaba de morir. Ahora soy la última persona viva que habla nuestra lengua”. Era una lengua antigua. Y ahora estaba muerta. Con su abuela muerta no le quedaba con quién hablar en esa lengua. Su abuela estaba muerta. Su lengua estaba muerta. Pero él todavía estaba vivo. El mundo se derrama burbujeante en un tambaleo nauseabundo. La cama, la lámpara, su piel pecosa, todo pierde definición.

Recién entonces estoy donde mi padre estaba. Soy testigo de una sustracción, de una persona arrancada del mundo. Solo que esta vez es peor que eso. No es una persona, es un pueblo, amputado del mundo.

Es vergonzosa esta experiencia de ser testigo. Yo quería huir de la escena. Creo que mi padre quería huir de la escena. No es posible estar presente cuando otra persona deja de ser una persona. O sí. Incluso cuando, aunque sea por un momento, esa otra persona no es más que carne que se estremece. Creo que ese otro novio estaba avergonzado. A pesar de que esta no era la ausencia que yo temía sino la que deseaba. Ese estado en el cual trozos caprichosos de carne, madera, acero, aire, lo que sea, se atraviesan unos a otros y se palpan en alegre montón.

Este es el problema de ser humano. Existimos los unos para los otros solo cuando no existimos; y no existimos los unos para los otros solo en esos momentos de existencia pura. Somos monstruos de existencia y de no existencia. Eso es todo.

QUIERO QUE ME LLAMES

Quiero que me llames... Ay, no sé. No sé cuáles son los nombres. Nunca supe los nombres. En esos días no había ningún nombre, o no había nombres dulces. Fui un niño de los sesenta, un adolescente en los setenta y un universitario en los ochenta. Estaban naciendo formas de ser humano, pero no siempre teníamos las palabras precisas para nombrarlas.

Y ahora hay nombres pero parecen demasiado correctos, cosas que podrías poner en tu perfil. Me acostumbré a no existir como nada correcto. Me acostumbré a existir como algo inapropiado, al borde de caer en lo que no existe en absoluto. Como si no tuviera un nombre propio, sino solamente nombres impropios. No sabía mi propio nombre ni mi propio número. Un número que no figura en la lista. No sabía a quién llamar para averiguar.

Quiero que me llames... En cualquier momento. Si tan solo yo fuera un número al que pudieras llamar. Quiero que me llames. Deseo que me desees. Así puedo existir en tu deseo. Pero no es posible porque no figuro en la lista. Tengo que estar en la lista. Tengo que llegar a la puerta.

La entrada al mundo. Cómeme, mundo. Entra en mí, mundo.

Tengo que inventarme un ser para dejar de no existir. Me llevó un tiempo siquiera empezar. Si no sabes lo que quieres, si no hay nada que puedas decir que quieres, no existes. Ni siquiera estás en casa cuando llaman.